

Andranik y sus tropas
León Trotsky
19 de julio de 1913

(Versión al castellano desde “Adranik et ses troupes”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 259-267; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 197, 19 de julio de 1913.)

No son pocas las personas en el mundo que creen tener un destino especial, las que se resisten a llevar una vida tranquila siguiendo los caminos trazados por la costumbre. Y, sin embargo, la vida es más fuerte que ellos. Así que, incluso estos hombres, atrapados entre los límites de la normalidad, tienen que adaptarse a su monótono fluir. Tienen un trabajo, fundan una familia, se quejan de reumatismo y se marchitan poco a poco. Renacen cuando la historia entra en una nueva era de desorden y caos y, a al primer llamamiento, se ponen las botas y se abandonan a su ritmo irregular.

A la cabeza de las tropas de voluntarios armenios que se han reunido en Sofía está Andranik, un héroe legendario cuyas hazañas se celebran en canciones. De estatura media, con una gorra en la cabeza, botas altas, cabello esbelto y canoso, rostro cubierto de arrugas, bigotes orgullosos y barbilla afeitada, Andranik tiene el aire de un hombre que, tras una larga pausa en la historia, por fin se ha reencontrado a sí mismo.

Andranik tiene cuarenta y seis años, ha nacido en la Armenia turca y era carpintero de profesión. En 1888 comenzó sus actividades revolucionarias en el valiato de Sivas y, en 1892, se afilió al partido armenio Dashnaksutyun [Federación Revolucionaria Armenia]. En la época de la guerra turco-rusa, hacia finales de la década de los setenta del último siglo, la idea de una insurrección armada contra la dominación turca y kurda era cada vez más popular en la Armenia turca. Los revolucionarios también creían que la revuelta desencadenaría la intervención de las grandes potencias, con Rusia a la cabeza.

Por aquel entonces, los agentes diplomáticos de San Petersburgo intentaban ganarse su favor y ponerlos a su servicio. Esta fase no duró mucho: desde el comienzo del reinado de Alejandro II se siguió una política completamente diferente... El pensamiento político de Andranik estaba marcado por sus actividades como carbonario y diplomático.

En 1894, se produjo una masacre de armenios en el distrito de Sasun. Una banda armada, enviada por el Dashnaksutyun, tomó posiciones en el valle de Muş, en las montañas que dominan Sasun. Fue allí donde Andranik recibió su bautismo de fuego. A partir de entonces, de 1895 a 1896, al frente de un grupo de chetniks armenios, defendió pueblos armenios, se encargó del transporte de armas, las distribuyó entre los habitantes y luchó contra los kurdos y contra pequeños destacamentos de tropas regulares turcas. A mediados de 1897, viajó al Cáucaso, donde entró en contacto con la dirección de su partido. Regresó a Armenia con amplios poderes y un arsenal considerable.

En 1899, algunos de los mejores combatientes chetnik murieron, por lo que Andranik recibió el mando de todas las organizaciones del distrito de Sasun, una zona del valiato de Bitlis que se encontraba entre las más adecuadas para la guerra partisana. Tenía bajo su mando treinta y ocho aldeas que habían logrado una independencia casi total y estaban habitadas por combatientes campesinos armenios. Fue aquí donde tuvo lugar la epopeya de Andranik.

En 1900, el agha kurdo Bšara Khalil, al servicio de los turcos, mató a un destacado revolucionario armenio, Serop, conocido por la población como Serop Pachá porque

había conseguido que Sasun fuera casi totalmente independiente. Bšara Khalil recibió una medalla del sultán como recompensa por este asesinato. Ocho meses después, Andranik vengó al líder armenio. Con su banda, salió en persecución de Khalil, matándolo a él y a otros diecisiete kurdos, y exhibió, como un trofeo, la medalla que Khalil había recibido de Abdul Hamid. La medalla del sultán aún se conserva en los archivos del Dashnaksutyun de Ginebra.

Desde entonces Andranik es famoso. Los armenios se pusieron bajo su mando. Se había convertido en el terror de los turcos y las fuerzas armadas del sultán lo perseguían sin descanso. Endurecido por las continuas escaramuzas, Andranik se encontró rodeado, en noviembre de 1901 y junto a cuarenta y siete chetniks, en el monasterio de los Apóstoles, a una hora de Muş. Un regimiento entero de cinco batallones, dirigido por Fertih Pachá y Ali Pachá, asaltó el monasterio bien fortificado. Tras largas e infructuosas negociaciones, en las que participaron el clero armenio, el alcalde de la ciudad de Muş y algunos cónsules extranjeros, Andranik decidió huir. Se puso el uniforme de un suboficial turco asesinado, inspeccionó los puestos de guardia otomanos y, en un excelente turco, ordenó a sus hombres que permanecieran alerta mientras él les indicaba el camino para escapar.

Comenzó una nueva fase de escaramuzas, persecuciones y ataques... “Nunca he atacado a la pacífica población turca. Luchaba contra el bey y la administración turca”.

Una de las mayores acciones de Andranik tuvo lugar dos años después. Tenía treinta y ocho años. Dos batallones turcos con ocho grandes cañones le habían rodeado en las montañas de Sasun en la primavera de 1904. Bajo el mando de Andranik había 200 combatientes armados con fusiles de repetición y 800 campesinos con rifles de chispa. Las negociaciones se prolongaban desde hacía quince días. El 13 de abril comenzó el bombardeo de las aldeas armenias. Los partisanos, que se habían refugiado en las montañas, no sufrieron daños.

Como suele ocurrir en estos casos, el objetivo principal de esta expedición punitiva era llevar a la desesperación a la población campesina y despertar sentimientos hostiles hacia los revolucionarios, a fin de aislar a los partisanos y hacerlos inofensivos. Los combates duraron ocho días sin interrupción. Los turcos perdieron cientos de hombres y sus cadáveres fueron arrojados al lago por los chetniks. Los pueblos de la región de Sasun fueron abandonados por sus habitantes: casi cuatro mil de ellos se unieron a los chetniks, mientras que los demás encontraron refugio en los pueblos del valiato de Diyarbekir.

Andranik y sus hombres se retiraron, abriéndose paso luchando; llegaron al lago Van, se apoderaron de tres barcas y pusieron rumbo a la isla de Akdamar, donde había un monasterio; tres días después, volvieron a cruzar el lago de noche, en las mismas barcas, y desembarcaron en Van. Llegó a Constantinopla un telegrama anunciando que la ciudad estaba en manos de Andranik. El cónsul británico se ocupó del asunto. “Sería mejor que te marcharas”, le dijo a Andranik, “en estos momentos hay una guerra entre Rusia y Japón, y la atención de Europa no está puesta en ti, así que no habrá intervención diplomática”. Mientras tanto, las masacres asolaban las aldeas armenias. Andranik decidió abandonar Armenia. Viajando sólo de noche con su banda, consiguió entrar en Persia al cabo de siete días. Desde allí viajó al Cáucaso, luego a Rusia y finalmente a Viena. Pasó un tiempo en Ginebra, luego en Egipto y finalmente se instaló en Sofía. Allí confraternizó con los revolucionarios macedonios, cercanos a él en el plano psicológico y en sus métodos de lucha.

- No soy nacionalista, dijo para justificar su comportamiento, sólo reconozco una nación: la de los oprimidos.

La ola de idealismo que invadió a las masas búlgaras durante la fase inicial de la guerra encontró su expresión más clara en las tropas armenias. Hombres de diferentes nacionalidades, lenguas y tradiciones se han reunido bajo la bandera de la guerra búlgara. La han convertido en su propia bandera y luchan por la libertad de los demás, pero contra un enemigo común.

A mediados de octubre, fui testigo de la partida de Sofía de una compañía de voluntarios armenios. Iban a engrosar las filas de la legión macedonia, que pronto se haría tristemente célebre por sus atrocidades. Era un espléndido día del otoño balcánico. El sol estaba alto, los numerosos heridos aún no habían desembarcado en la ciudad y la guerra aún tenía un aire triunfal. Los voluntarios salían del colegio femenino donde habían sido alojados y adiestrados en el uso de las armas. Eran 230, de piel oscura y pelo largo. Sus edades oscilaban entre los diecinueve y los cuarenta y cinco años, y todos habían vivido experiencias diferentes.

Un viejo combatiente armenio, que había vivido mucho tiempo en Sofía y regentaba un pequeño café en el que había alquilado un ángulo a un relojero, dejaba atrás a su familia y su pequeño local para seguir a Andranik. Y aquí estaba un joven de veintidós años, catorce de los cuales había vivido en Londres. Tras una masacre de armenios, había sido acogido y criado por una organización benéfica londinense. Había crecido en Inglaterra, trabajaba como chófer y se esforzaba por expresarse en su lengua materna. Pero los vagos recuerdos de su infancia, que sin duda estaban bien arraigados en su corazón, se habían despertado de repente y habían llevado a este chófer londinense a abandonar Inglaterra y marchar, con una mochila, contra los turcos. Este inglés sólo tiene una preocupación: poder afeitarse la barba y el bigote durante la campaña. A su lado hay un posadero sin familia. Ha administrado cuidadosamente su pequeño negocio, escatimando cada stotinka. Un buen día, llamó a su empleado y le dijo:

- Vas a cuidar de la posada hasta que yo vuelva; si no vuelvo, es tuya.

En este grupo hay oficinistas, profesores, obreros y, sobre todo, zapateros de Rumanía. Los hay que llegaron aquí por casualidad y otros que no saben qué hacer de sí mismos. También los hay que buscan problemas. El destino ha reunido a soñadores y aventureros, caballeros andantes y pendencieros.

Los voluntarios visten sus ropas civiles, que sólo han sido reajustadas. Muchos llevan bandas ajustadas alrededor de las piernas, elegantemente atadas por debajo de la rodilla con correas. Todos llevan una bolsa de algodón y una cofia a la espalda, un cinturón de cartuchos colgando del costado y, a menudo, su propia pistola. Los grandes sombreros, cuellos y cinturones de piel de cordero están adornados con flores. El conjunto (sombrosos de piel de cordero, cinturones altos, bonetes, mochilas y flores) daba a la tropa un aire festivo, además de militar.

La compañía estaba bajo el mando de un oficial armenio de uniforme. Le llamaban simplemente "Camarada Garegin". Era un antiguo estudiante de la Universidad de San Petersburgo, implicado en el famoso juicio de Lyzhin contra el Dashnaksutyun¹ y absuelto tras tres años de prisión. Después estudió en el colegio militar de Sofía y, antes de la guerra, obtuvo el grado de subteniente del ejército búlgaro. Poeta, orador y combatiente, Garegin era profundamente consciente de la importancia de su misión.

Sin embargo, el alma de la tropa era Andranik, magnífico con su traje de campaña gris y su boina de astracán. El mango de una fusta, símbolo de autoridad basada en el prestigio, sobresale de una de sus altas botas militares. De sus caderas cuelgan unos prismáticos y una pistola Browning. Un regalo de las mujeres armenias del comité de la Cruz Roja, un pequeño ramo de flores, atado con una cinta en la que se lee *Libertad o Muerte*, cuelga de su pecho. Las esposas, hermanas e hijas de los voluntarios rodean las columnas en marcha de sus maridos, hermanos y padres. Las tropas marchan en perfecto

orden. Es difícil distinguir al posadero del empleado o del encargado del café. Garegin no ha pasado diez días, diez horas al día, en vano, enseñando los secretos de la formación. A fuerza de dar órdenes y sermones, su voz se ha vuelto ronca y su mirada febril. Su pelo negro, con reflejos azulados, cae por encima de su gorra de oficial. Andranik camina en silencio a la cabeza de la compañía, con paso seguro y ligero. Su satisfacción es evidente en sus ojos brillantes, su bigote puntiagudo e incluso en su bonete con lazo dorado. Vuelve a estar en primera fila.

- ¿No me reconoce? le dice un voluntario a un periodista armenio. En Constantinopla, le estaba preparando un té en la redacción de *Azatamart*².

Treinta soldados no combatientes, portando cuencos y cubos de metal, marchaban en las últimas filas de la tropa. Sin fusiles ni bayonetas, armados con utensilios de cocina, pasarían toda la campaña enfrentándose a los mismos peligros y sufrimientos que los demás. La compañía contaba con cuatro suboficiales y cuatro ordenanzas. En el camino se les unió un médico voluntario, también refugiado armenio.

Cantan una canción sobre Andranik: Llega la primavera / y con el primer signo de la primavera / resuena el grito de guerra de Andranik, / desde las montañas de Sasun / nos llama al combate.

Andranik camina en silencio, su paso más seguro que antes. Oímos las notas claras y delicadas del *oring*, el pífano de los pastores armenios. Al principio, el sonido está dominado por voces y gritos, pero poco a poco se hace más fuerte y podemos oír la melodía “Amigo mío, voy a morir”, que también sería el himno de la Turquía constitucional. Se retoma la canción de Andranik. Un armenio alto y delgado, un bromista, el payaso de la compañía, se olvida de sí mismo al ritmo de los pasos y la música. Tiene los ojos entreabiertos, el sombrero se le ha deslizado por la nariz grande y sudorosa, pero no se lo endereza. Agitando sus largos brazos huesudos, canta al héroe de las montañas de Sasun que, con el primer aliento de la primavera, llama a los soldados al combate.

Giramos por la carretera principal que lleva al puente, que discurre entre hileras de árboles hacia las colinas. A la derecha está el monte Vitoša [Vitosha], vinculado para muchos de los voluntarios a acontecimientos de su partido. En 1904, Christofor Mikaeljan, uno de los fundadores de Dashnaksutyun, estudiante de la Academia de Petrovsk y militante de Narodnaja Volja, murió en Vitoša mientras experimentaba con dinamita. Había subido a la montaña para planear un atentado contra Abdul Hamid. De 1905 a 1906, éste fue también el lugar del campo de entrenamiento militar del partido, donde se preparaba a los líderes de las fuerzas partisanas armenias bajo la dirección de un oficial búlgaro.

Llegó el momento de la despedida. Garegin pasó de oficial a orador apasionado. Dice que los armenios siempre han sido vistos como débiles, cobardes, como una nación sin fuego sagrado, capaz sólo de doblegarse y acaparar dinero. Sin embargo, los últimos veinticinco años han demostrado que los armenios también saben luchar y morir por la libertad. Las mujeres arrojan flores al orador. Las esposas y los hijos no quieren separarse de sus seres queridos, pero tienen que partir. Se da una orden, la tropa se alinea y empieza a marchar, cantando. Andranik no puede contenerse más; salta la zanja que bordeaba la carretera y dispara varios tiros al aire con su Browning. Oye un eco de la tropa de voluntarios que dura cinco minutos. Cientos de manos se alzan al cielo. Los disparos de las Browning, Mauser y Parabellum producen un ruido sordo y los bulldogs³ ladran apagadamente, como pequeños cañones. Las manos que empuñan las pistolas se alzan como en un juramento: “Libertad o muerte”.

Es un pequeño capítulo de puro romanticismo en la terrible historia de los acontecimientos balcánicos.

Los primeros heridos de las tropas armenias llegaron a Sofía a finales de noviembre, veinte en total. No se parecen a los que vi salir cantando la canción de Andranik en un día soleado. Están en mal estado, sus rostros demacrados: uno ha perdido algunos dedos, otro está lisiado, otro tiene la cabeza vendada. Estamos sentados en el establecimiento que el propietario había confiado a su empleado antes de partir a la guerra.

- Fue duro el campo de batalla, me dicen los heridos, muy duro. Sabíamos que no íbamos a ir a la boda, pero tampoco lo esperábamos. Tras ocho días de marcha, llegamos a Tárново. Allí nos dieron fusiles Mannlicher con bayonetas y luego nos enviaron, con la legión macedonia, a Kirdžali [Kirdzali], donde tuvimos veinticuatro horas de prácticas de tiro. Después cruzamos la frontera y llegamos a una campiña desierta donde los pueblos habían sido incendiados y el ganado vagaba por ella. También incendiamos algunos lugares o, mejor dicho, fueron los de la legión macedonia quienes lo hicieron. Andranik no nos permitió hacerlo. Teníamos órdenes de tratar como espías y matar a cualquier turco, aunque estuviera desarmado, que encontráramos fuera de las aldeas. Los macedonios lo hicieron. Cuando atrapaban a uno, primero le hacían preguntas de forma amistosa para sacarle toda la información posible y luego le disparaban o apuñalaban. En nuestra compañía, estas cosas se vigilaban.

Un día, cuando salíamos de un pueblo, me entretuve y, lo confieso, prendí fuego a una casa. Ni siquiera sé por qué. Andranik me esperaba en la carretera. “¿Por qué te entretuviste?” “No tenía elección”. “¿Tú has provocado el incendio?”, preguntó señalando la casa. Me dio diez golpes con su fusta. “Ten cuidado”, me advirtió, “no tomes ninguna iniciativa sin mi orden”. Hubo algunos de nosotros que se tomaron esta libertad de todos modos y que, en secreto, se comportaron como los *junaci*⁴ con los turcos. Pero también hay que comprender que ninguno de nosotros había olvidado los pogromos de Armenia. Fue duro. La marcha fue peor que los combates. Tuvimos que vadear un río dos veces, una por la mañana y otra por la tarde, con el agua helada que nos llegaba al pecho. No pudimos secarnos y tuvimos que seguir marchando. No había pan. Pero había mucha carne, porque los turcos habían abandonado su ganado cuando huyeron. Matamos muchas vacas y cabras. Mis sandalias estaban gastadas, así que maté un buey para curtir su piel, pero no conseguí despellejarlo a tiempo porque nos ordenaron reanudar la marcha. También teníamos mucho tabaco. Encontramos las tiendas abiertas de par en par, a merced de los primeros en llegar, ya que los propietarios habían huido, abandonando todas sus mercancías. Podíamos coger lo que quisiéramos. Pero el pan y la sal escaseaban. Desde que cruzamos la frontera, no comimos ni un grano de sal hasta que volvimos a Sofía. Tuvimos problemas de estómago precisamente por eso.

- Con las tropas regulares, participamos en los combates contra Javor Pachá. Yo no tenía miedo. Ya había visto la muerte de cara. Los kurdos mataron a mi madre y a mi padre delante de mí. Lo vi con mis propios ojos. Pensábamos que algunos de nosotros morirían de miedo, pero se comportaron como héroes. Había un joven, Poghos, que sólo tenía dieciséis años y venía de Rodosto [Tekirdağ]. Le dije: ¿para qué sirves tu? Y, sin embargo, permaneció en primera línea durante quince horas seguidas sin comer. Cuando atacamos Javor, Poghos iba en cabeza, incluso en los lugares más peligrosos. Todos dieron una buena pelea. Había un tipo de Londres que consiguió afeitarse la cabeza durante toda la campaña. No sé cómo lo hizo, pero siempre iba bien afeitado. Le preguntamos por qué le gustaba tanto ir bien afeitado. Por razones de higiene, respondió. Se volvía loco cuando le llamábamos “el inglés”. ¿Me preguntan qué pasó con el payaso? Sigue vivo. Pero no estábamos allí para reírnos. Iba recogiendo gallinas por el camino. Dondequiera que parábamos, sacaba un pollo de su mochila.

- Andranik luchaba a nuestro lado, fusil en mano; durante las batallas, era un auténtico líder. Garegin era muy valiente. Nunca se quedaba a cubierto durante los combates. Iba de una posición a otra blandiendo su espada. También compartía con nosotros lo que le quedaba de comida. Cuando perdimos a nuestro primer hombre, Garegin se acercó, le besó en la frente y exclamó: “Es nuestro primer mártir”. Nunca renunció a este rito. Cada vez que alguien caía, lo besaba y gritaba “Cruz Roja”. Entonces llegaban los camilleros y se llevaban al herido. Primero me enviaron al hospital de Filipe, donde permanecí diez días. La reina vino a visitarnos y me preguntó por todo. Le dije: “Ahora todo está bien para ti. Los turcos serán expulsados de vuelta a Asia, pero en Armenia tendremos que sufrir el doble que antes”. La reina me contestó: “Ten paciencia y verás que las cosas también te irán bien”. Me dio esta postal para consolarme...

A su regreso a Sofía, los voluntarios se abalanzaron sobre los periódicos armenios, pero no encontraron el que buscaban, el *Azatomart*, órgano de su partido, impreso en Constantinopla. Los censores búlgaros prohibieron el periódico, castigándolo por atreverse a criticar abiertamente al rey Fernando y su declaración. La prohibición impuesta a la portada del partido, bajo cuya bandera morían muchos voluntarios por Macedonia, marcó un momento muy significativo en el conflicto entre el romanticismo revolucionario y la reacción dinástica. Es un episodio que pone de relieve las contradicciones de esta guerra de liberación. Cuando conocí los detalles de esta historia a través de un colega armenio, escribí inmediatamente un telegrama, que presenté a un censor de izquierdas (cuyo nombre no mencionaré para no perjudicarlo) para que lo examinara.

- ¿Está pensando seriamente en enviar este telegrama?

- Desde luego que sí.

- Le aconsejo que no lo presente oficialmente a los censores.

- ¿Por qué iba a hacerlo?

- No olvide que los censores tenemos el poder de detener no sólo los telegramas, sino también a sus remitentes.

Por el momento, no tengo más información sobre las tropas armenias y sus miembros. Tampoco sé si se ha levantado la prohibición de *Azatomart*, ni qué efecto tuvo la postal de la reina en la moral del lisiado voluntariado armenio...

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ Lyzbin. El juicio del partido Dashnaksutyun. La fase de reflujo tras la derrota del movimiento revolucionario en 1905 provocó una persecución feroz que también se abatió sobre el partido armenio Dashnaksutyun, al que se acusó de una serie de revueltas y atentados terroristas en el Cáucaso. Entre las acciones judiciales emprendidas contra este partido, el caso de los 159, que duró tres meses (de enero a marzo de 1912) y conocido como el juicio Lyzhin, en honor del juez de instrucción Lyzhin, tuvo un impacto particular. Además, el juicio contó con la incongruente presencia del Senado turco. Lyzhin intentó incriminar al mayor número posible de personas reuniendo una enorme cantidad de pruebas y falsificando documentos y testimonios. Las “pruebas” de Lyzhin fueron demolidas en los tribunales y

94 de los 149 acusados (10 de los cuales estaban en rebeldía) fueron absueltos. Los demás, declarados culpables (en parte por haber participado en una *asociación secreta* que había participado en actos terroristas, y en parte por manipular bienes robados) fueron condenados a trabajos forzados o al exilio.

² *La lucha por la libertad.*

³ Bulldog. Revólver de bolsillo de gran calibre y cañón corto. Parabellum. Pistola automática utilizada como parte del equipo de oficiales y en el ejército alemán desde 1908 a 1938. La palabra parabellum proviene del proverbio latino “se vis pacem, para bellum” (si quieres la paz, prepárate para la guerra). Mannlicher. Fusil de repetición con cargador de cinco tiros utilizado por Bulgaria y Austria-Hungría. Fue inventado por el ingeniero alemán Ferdinand R. Mannlicher.

⁴ Jóvenes de tropas irregulares.